

calificación de *consustancial* dada por los Padres de Nicea al Hijo de Dios (1).

Es evidente que la doctrina de los *monarquistas* no puede conciliarse con la de Nicea. Es una herejía, se dirá. Podríamos ponerlo en duda. En el siglo III no se sabía aún qué opinión triunfaría, la de los *monarquistas* ó la de los partidarios del Verbo. Pero hagamos caso omiso de la gran contrariedad de opiniones que reinaba en la Iglesia. ¿Había siquiera una creencia que se pudiera llamar ortodoxa, es decir, conforme á los decretos de Nicea? Puede decirse que había una tendencia á identificar cada vez más á Cristo con Dios, pero no había nada decidido ni precisado. Véanse los más autorizados Padres del siglo III. Tertuliano al principio era uno de los campeones de la ortodoxia. ¿Qué piensa de Jesucristo? Es Dios y no es Dios. Es Dios, cuando no está en presencia del Padre; cuando está en presencia del Padre, el Hijo desaparece, y Tertuliano no le da más que el nombre de Señor (2). Orígenes es el Padre más ilustre del cristianismo griego. La Iglesia ha condenado sus errores acerca de la salvación universal, nunca ha condenado su doctrina acerca del Verbo; pues bien, el Verbo de Orígenes no es ni Dios ni hombre (3). En definitiva, la cristiandad hubiera querido hacer de Jesucristo un Dios, pero no se atrevía á dar el último paso. ¿Qué es lo que detenía á los pensadores cristianos?

Si no temiéramos atacar con demasiada rudeza las preocupaciones cristianas, responderíamos que el buen sentido. No podemos dar á nuestra respuesta una forma ménos dura al decir que aquella misma filosofía que había imaginado el Verbo sentía una invencible repugnancia á admitir que el Verbo se hubiese hecho carne, y lo concebimos fácilmente, porque la creencia cristiana que parecía prevalecer venía á decir que Dios era á un mismo tiempo Creador y criatura, un sér infinito y un sér finito. Grande era el embarazo de los cristianos que procedían de la filosofía. Se veían obligados á admitir con San Pablo que Cristo era Hijo

(1) Véanse las pruebas en BAUR, *das Christenthum*, p. 306; ID., *Die Dreieinigkeith*, t. I, p. 132 y sig.—STRAUSS, *Dogmatik*, t. I, p. 426 y sig.

(2) TERTULL., *adv. Prax.*, 13.

(3) ORÍGEN., c. *Cels.*, VIII, 14; v, 39.

de Dios; tenían que creer con San Juan que este Hijo de Dios era el Verbo. La lógica los conducía á considerar á Jesucristo como el Verbo encarnado, lo cual los llevaba á parar al dogma de Nicea. Pero no querían dar este último paso, y por poca filosofía que conservasen no podían darlo. Sin embargo, era menester decidirse. La cristiandad necesitaba saber si Cristo era Dios ó no. Tal fué el objeto de los largos debates del arrianismo.

§ II.—El arrianismo.

San Jerónimo dice que los arrianos eran paganos de raza, porque procedían de Platon y de su escuela (1). Este origen del arrianismo explica su grandeza y su debilidad. Arrio era á un tiempo filósofo y cristiano; de aquí sus inevitables contradicciones. Quería conciliar lo que es inconciliable; una doctrina filosófica que no reconocía más que un solo Dios, sér absoluto que no puede tener igual, sér cuya majestad es tal que en su esencia infinita no puede entrar en relación directa con lo finito, y una creencia religiosa que tendía á elevar á Jesucristo á la categoría de Dios. Admitir que un mismo sér sea infinito como Dios, finito como hombre, es un contrasentido bajo el punto de vista de la filosofía. Esto es tan cierto que los doctores ortodoxos no han llegado nunca á explicar la doble naturaleza de Jesucristo: es un misterio inefable, incomprensible, ante el cual la razón debe abdicar sus derechos. Pero la razón que abdica no debe tratar de filosofar, porque no puede decir como Tertuliano, lo creo porque es absurdo. Si quiere conservar su derecho de pensar con libertad, tiene que dejar á un lado una religión que empieza por escribir en su dogma fundamental: *misterio*. Esta es la lección que pueden aprender los filósofos en la historia del arrianismo.

Arrio era cristiano. Tenía, pues, que admitir que Jesucristo era el Hijo de Dios; en el siglo IV no había dudas sobre este punto. Pero ¿en qué sentido podía un filósofo creer en un Hijo de Dios?

(1) HIERONYM., *adv. Lucifer* (t. IV, P. II, p. 296).

No podía identificarle con Dios sin dejar de ser filósofo; ahora bien, si Jesucristo no es Dios, tiene que ser una criatura. En efecto, Arrio enseñaba que Dios había creado al Hijo como á todas las criaturas, sacándole de la nada; luego Cristo es una criatura. Esta es la respuesta de la filosofía. Pero el cristiano, á su vez, impone una condicion al filósofo. Era cosa admitida que el Hijo de Dios había creado el mundo. Arrio admite el dogma, pero tratando de conciliarlo con su principio. Si el Hijo de Dios ha creado el mundo, ¿quiere esto decir que sea eterno como Dios? No, porque ha sido creado, y sólo Dios es increado. Había, pues, un tiempo, dicen los arrianos, en que el Hijo no era. Por consiguiente, no es de la misma esencia que el Padre; no es, pues, verdadero Dios. Esta consecuencia dejaba satisfecho al filósofo, pero no al creyente. Había llegado el momento en que la cristiandad aspiraba á confundir á Jesucristo con Dios. Arrio se vió obligado á hacer una nueva concesion, que reñía de verse junta con sus premisas; llamó á Jesus, Dios, Hijo de Dios, Verbo, pero siempre con una reserva: la de que el Hijo debía toda su gloria y hasta su divinidad al Padre (1).

Era fácil combatir á Arrio poniéndole en contradiccion consigo mismo. No era necesario para esto más que apoderarse de las concesiones que el filósofo hacía al cristiano. Si Jesucristo es Dios, debe ser eterno y consustancial con el Padre, si no, no es Dios más que de nombre; en realidad es una criatura. Pero si es una criatura, ¿cómo se concibe que sea creador? ¿Podría también el hombre ser creador? Si la creacion procede de un sér que no es Dios, no procede de Dios; lo cual nos conduce nuevamente á los ensueños de los gnósticos acerca de un intermediario entre Dios y el mundo. ¿Para qué estas fútiles distinciones que al fin y al cabo no nos dan cuenta de la creacion? Porque si Dios crea al Hijo de la nada para darle la mision de crear en seguida el mundo, ¿por qué no empezaba por crear el mundo sin recurrir á un intermediario, cuya necesidad no está probada de ningun modo? Por último, ¿á qué se reduce la Trinidad en la doctrina de Arrio?

(1) Véanse las pruebas en HAHN, *Lehrbuch des christlichen Glaubens*, t. I, p. 315 y sig.

Porque admite una Trinidad. Preciso es decir que no ha existido siempre, puesto que había un tiempo en que el Hijo no era. Hay, pues, en primer lugar, una persona divina, despues hay otra, por la voluntad de la primera, y, por último, hay una tercera. Pero, si la segunda no es Dios, la tercera no puede serlo tampoco. Tenemos, pues, un Dios Padre y dos dioses inferiores. Hémos aquí en pleno politeísmo (1).

Arrio hubiera podido responder que quería conciliar el cristianismo con la filosofía. Pero en el terreno de lo sobrenatural no había conciliacion posible. No bastaba decir con Arrio que Jesucristo era Dios; si no era el verdadero Dios, todo el cristianismo revelado caía por tierra. ¿Por qué se ha encarnado el Hijo de Dios? Por salvar á los hombres. Pero si él, á su vez, es una criatura, ¿cómo ha de salvar á otras criaturas? Si es necesario absolutamente un Dios para salvar al género humano, no queda más recurso que admitir que Cristo es el verdadero Verbo, que es de la misma esencia que el Padre. En la doctrina arriana Jesucristo es también Salvador; pero, si ha tenido el poder de salvar á los hombres, es preciso creer que el pecado original no tenía la gravedad que se le suponía; en efecto, el sacrificio de una criatura ha bastado para borrarlo. En este caso ya no es absolutamente imposible que las criaturas se salven á sí mismas. ¿Para qué sirve, pues, entónces ese personaje, que no es ni Dios ni hombre, y que se llama Cristo? Hay más: ¿cómo puede Jesucristo, criatura como nosotros, servir de lazo entre el hombre y Dios? La gracia, esa accion misteriosa que Dios ejerce sobre el corazón de los hombres para trasformarlos y comunicarles una vida realmente divina, desaparece, porque la única persona divina que subsiste en la creencia de los arrianos, el Padre, no puede, en razon de su majestad, entrar en comunicacion directa con las criaturas.

Se ve, pues, que la conciliacion que el arrianismo quería realizar entre la religion revelada y la filosofía era imposible. Si el arrianismo hubiera triunfado, el cristianismo hubiera cambiado de naturaleza, se hubiera convertido en deísmo, pero un deísmo inconsecuente, mezclado con supersticiones que la filosofía no puede

(1) BAUR, *Die Dreieinigkeit*, t. I, p. 358 y sig., 398 y sig.

aceptar. Ahora se comprenderá por qué sucumbió el arrianismo. No era ni filosofía ni religión; era una mezcla indigesta de especulaciones filosóficas y de creencias cristianas, mejor dicho, una tentativa para conciliar el cristianismo con el platonismo. La empresa era irrealizable. Puede decirse que el cristianismo arriano hubiera acabado por desentenderse de los elementos sobrenaturales que le eran extraños y que se hubiera convertido en una religión racional. Esto es probable efectivamente. Falta saber si un cristianismo racional, semejante al unitarismo, hubiera sido capaz de realizar la misión histórica que Dios había encomendado á Cristo y á sus discípulos. Éstos estaban llamados á moralizar y á educar á los Bárbaros. Para esto era necesaria una Iglesia que pudiera mandar á los hombres, y en caso de necesidad dominar á los reyes. ¿Tenía en sí el arrianismo los elementos necesarios para este poder? Hé aquí la cuestión capital que se decidió en Nicea.

Hay en el cristianismo, considerado como obra del Hijo de Dios, un principio de superioridad, que una vez reconocido conduce necesariamente á la dominación. En la época en que empezaron los debates acerca de la naturaleza de Jesucristo, la Iglesia acababa apenas de verse libre de sus persecuciones; acababa de adquirir la libertad y no podía pensar en el imperio. Pero reivindicó atrevidamente su libertad contra el poder imperial: «El emperador, dice Atanasio, no tiene que intervenir en las cuestiones de dogma; la fe es de la competencia de los obispos y no de los príncipes» (1). Los arrianos, por el contrario, no viendo un Dios en el fundador de su creencia carecían de fuerza ante los Césares, esos dioses de la tierra; no reconocían más poder que el Estado; para ellos los príncipes eran «los obispos de los obispos» (2). Como no encontraban apoyo en el cielo, lo buscaban en la fuerza, y para procurarse la protección imperial sacrificaban sin dificultad los

(1) ATHANAS., *Hist. Arian.* c. 52, p. 375.— El obispo Osio, uno de los más decididos partidarios de ATANASIO, escribe al emperador Constancio: «Dios te ha confiado á tí el Imperio y á nosotros la Iglesia. El que te usurpase el Imperio iría contra los designios de Dios; tú serías igualmente criminal si invadieses la Iglesia» (*ap.* ATHANAS., t. 1, p. 371, B.).

(2) LUCIFER, *Moriendum pro Filio.*

intereses de la religión (1). El papel que representaron los emperadores en la contienda arriana revela la importancia política del debate acerca de la naturaleza de Jesucristo. Se declararon en favor de Arrio y contra Atanasio. Este enseñaba que Jesucristo se había unido íntimamente con la Iglesia, así como con la naturaleza humana, y que no formaba con ella más que una sola persona. La Iglesia era, en cierto modo, Jesucristo mismo (2). ¿Y qué era la majestad imperial delante de Jesucristo? Los Césares presintieron el Pontificado; quisieron más proteger á los arrianos que obedecer á los obispos católicos (3). El Oriente cedió á la voluntad de los emperadores, pero Atanasio encontró apoyo en el Occidente. La fuerza de unidad, inherente á la Iglesia de Occidente, triunfó del poder imperial. El arrianismo fué vencido y con él las doctrinas de la antigüedad que oponían obstáculos al desarrollo de las ideas cristianas. Fundado en la divinidad de Jesucristo, el cristianismo poseía todo cuanto necesitaba para conquistar y civilizar á los Bárbaros.

§ III.—Atanasio y el dogma católico.

¿Cuál es el punto característico de la doctrina de Atanasio? ¿En qué funda la divinidad de Cristo? Es fuerte en su lucha con Arrio, porque tiene enfrente un adversario cristiano, pero cristiano inconsecuente. En el terreno de las creencias es invencible. No sucede lo mismo cuando Atanasio se propone demostrar el fundamento de la doctrina ortodoxa. La ciencia moderna no acepta ya los argumentos que el Padre griego toma de la Escritura y de la tradición. Sin embargo, estas razones fueron las que triunfaron en Nicea. Todo lo que puede decirse es que el dogma de la encarnación y de la divinidad del Verbo estaba en germen, no ya en los Evangelios sinópticos, sino en las Epístolas de San Pablo y en

(1) ATHANAS., *Hist. Arian.*, c. 33, p. 363.—C. HILAR., fragm., p. 1356, D: «*Omnis spes Ariomanitarum in protectione pendet regni sæcularis.*»

(2) MÖHLER, *Atanasio el Grande*, t. I, p. 184 y sig.

(3) VILLEMMAIN, *Cuadro de la elocuencia cristiana en el siglo IV*, p. 98.

el Evangelio de San Juan. Así es que el teólogo de la Trinidad, Atanasio, no tiene en el fondo una doctrina diferente de la del Apóstol de los gentiles.

Atanasio parte del pecado original para llegar á la divinidad de Jesucristo: «Antes del pecado de Adán no había tristeza, ni temor, ni cansancio, ni hambre, ni muerte. El hombre, imágen de Dios, se hubiera mantenido en aquella incorruptibilidad, si hubiera conservado su semejanza divina; pero, habiéndose separado de las cosas eternas, para fijarse en las cosas corruptibles, se ha dado á sí mismo la muerte, y esta muerte ha pasado á todos sus descendientes; todos son concebidos en pecado, todos son culpables al nacer. Por el pecado de Adán, los hombres han incurrido en el odio de Dios; han sido arrojados de su presencia, y él ha sido su vengador (1). Sin embargo, lo que había sido hecho á imágen de Dios, no debía perecer. Pero ¿cómo la criatura había de poder rehabilitar á la criatura caída en pecado? Al Creador, al Verbo de Dios, correspondía reparar á aquel á quien había creado á su imágen, salvarle concediéndole el perdón de su pecado (2). El primer hombre nos había cerrado la puerta del paraíso y abierto las de la muerte; por esto el Hijo de Dios, con la voluntad de su Padre, ha tomado esta carne mortal, á fin de volver la vida, mediante el sacrificio de la suya, á los hombres que habían merecido la muerte. Nadie más que él, que es la imágen del Padre, hubiera podido devolver al hombre la semejanza con el Creador. Si el Señor no hubiera tomado esta carne, si no hubiera abandonado su cuerpo á la muerte, no hubiéramos sido nunca librados de nuestros pecados, ni resucitados despues de muertos, ni recibidos en el cielo; nuestra mansion hubiera sido el infierno» (3).

El pecado original ha continuado siendo el más sólido fundamento de la divinidad de Cristo. Hay en San Agustín sobre este

(1) ATHANAS., *De Incarn. Verbi*, c. 4 (t. I, p. 51); *Exposit. in Psalm.* (t. II, p. 1088, 1121, 1026, 1036).

(2) IBID., *De Incarnat. Verbi*, c. 13, 14 (t. I, p. 58 y sig.); *ad. Adelp.* c. 8 (tomo II, p. 916).

(3) ATHANAS., *Or. c. Arian.* II, 65; I, 43 (t. I, p. 533, 448); *De Incarnat. Verbi*, c. 7 (t. I, p. 53).

punto una palabra decisiva: «Si el hombre, dice, no hubiera pecado, el Hijo del Hombre no hubiera venido» (1). Tal es la base de la divinidad de Cristo; es inquebrantable para todo el que se coloca en el terreno del cristianismo tradicional. ¿Quiere esto decir que el dogma del Hijo consustancial con el Padre sea la expresion de la verdad absoluta? Hemos referido las objeciones que los ortodoxos presentaban á los arrianos; los heréticos las tenían igualmente fuertes contra la doctrina de Atanasio: «Si el Hijo es eterno como el Padre, ¿cómo puede concebirse que sea el Hijo? Sería preciso conceder que el Hijo existía ya, cuando fué engendrado. ¡Qué absurdo!» Bajo el punto de vista de la razon humana no había nada que responder. Así es que los ortodoxos no respondían nada más que, *misterio*. Es preciso, pues, creer que el Hijo existía de toda eternidad, y que ha sido engendrado de toda eternidad; por consiguiente, engendrado cuando existía ya. Verdaderamente, para ser ortodoxo, es preciso tener la fe robusta de Tertuliano y adorar los absurdos. Aún no hemos acabado. Los defensores del dogma de Nicea sostienen que el Hijo es igual al Padre por su esencia; no admiten más diferencia entre las dos personas que una distincion de órden y de dignidad. En esto, los ortodoxos estaban en contradiccion consigo mismos, y los arrianos triunfaban. «¡Cómo! decían, ¡el Padre, que engendra, es más grande que el Hijo, en razon de sér no engendrado! Ahora bien, ¿no es de la esencia del Padre el sér no engendrado? Luégo por su esencia es más grande que el Hijo. ¿Dónde está, pues, la pretendida igualdad del Hijo y del Padre?» Otra dificultad: «El Padre es Dios, el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios. Pero, consideradas como Trinidad, ¿las tres personas divinas no son más grandes que cada una de ellas aisladamente considerada?» «Objecion del hombre animal, responde San Agustín. Para nuestra pobre razon es efectivamente cierto que tres es mayor que uno, pero no sucede lo mismo á Dios.» Falta averiguar quien ha dicho á San Agustín que para Dios tres no es mayor que uno. Si se responde que la verdad revelada, será menester probar esta revelacion, y hace diez y ocho siglos que estamos esperando la prueba (2). El dogma

(1) AUGUSTIN., *Sermo* 174, 52.

(2) STRAUSS, *Dogmatik*, t. I, p. 442 y sig., 451 y sig., 453 y sig.

de la divinidad de Cristo no se encuentra ni en los sinópticos, ni en San Pablo, ni en San Juan, ni en los Padres apostólicos, ni en los Padres de los primeros siglos; ha sido formulado por primera vez por el concilio de Nicea. Luégo el concilio lo ha revelado bajo la inspiración del Espíritu Santo, dicen los católicos, mientras que un testigo ocular, Eusebio, asegura que fué bajo la influencia de Constantino (1), el cual, á la sazón, no había sido aún bautizado, lo cual hace subir de punto lo maravilloso del suceso.

Así Atanasio demuestra á los arrianos su inconsecuencia y su absurdo, y los arrianos demuestran á Atanasio su absurdo y su inconsecuencia. ¿Quién salió, pues, vencedor de la lucha? En apariencia el dogma de Nicea. Pero la apariencia no prueba nada; la mayoría de un concilio no prueba nada en favor de la verdad de un dogma ni en contra de una herejía. Es evidente que si dos doctrinas se destruyen recíprocamente, ninguna de ellas es la expresión de la verdad. Sin embargo, como siempre hay algo de verdad envuelta en nuestros mismos errores, es preciso buscar lo que cada una de estas doctrinas contenía de verdadero.

§ IV.—Apreciación de la lucha.

Si la herejía arriana ha sucumbido, el arrianismo ha subsistido como negación de la divinidad de Cristo. La doctrina de Mahoma «No hay más que un Dios» es en el fondo la de Arrio. Expulsada de la Iglesia reinó bajo la bandera árabe desde los Pirineos hasta el Ganges. En el mundo occidental la derrota del arrianismo no fué más que momentánea; se rehabilitó con la Reforma. En vano los protestantes mantuvieron la creencia del Hombre-Dios; se hallaban invenciblemente impulsados á negar el misterio de la Trinidad; el socinianismo existe en el fondo de todas las sectas reformadas. Detrás de las herejías vinieron los filósofos proclamando el deísmo, última consecuencia de la doctrina arria-

(1) EUSEB., *Vita Constantini*, II, 69.

na. ¿No hay ningún fundamento en esta protesta secular contra la fórmula de Nicea?

Se ha dicho que el arrianismo está hoy victorioso y al mismo tiempo transformado; que todas las opiniones dominantes del siglo implican su triunfo (1). En realidad el arrianismo ha triunfado en todo lo que tiene de verdadero. La doctrina de Pablo y de Atanasio se funda en el pecado; admitir la divinidad de Cristo es reconocer implícitamente la caída primitiva del hombre; negar la Encarnación es negar este antiguo dogma, que por tanto tiempo ha imperado en el mundo. Ahora bien, la humanidad ha acabado por rebelarse contra una creencia que destruye su libertad. Con el error del pecado original cae por tierra la consecuencia, no ménos errónea, de la predestinación. Si los hombres nacen culpables, todos merecen la condenación eterna; los que se salvan lo deben exclusivamente á la gracia de Dios; la masa del género humano queda abandonada á Satanás. Tales son las consecuencias espantosas, pero lógicas, de la corrupción original de nuestra naturaleza. Bendigamos la herejía arriana, que, atacando al dogma fundamental del cristianismo, ha protestado instintivamente contra creencias que la conciencia humana rechaza hoy con energía. Si la humanidad las ha sufrido por tanto tiempo es porque estaba aprisionada con las ligaduras de una religión inmutable; la fe cristiana, considerada como revelación divina, no consiente ningún cambio. En el sistema arriano Jesucristo y el Verbo de Dios no son ya idénticos; no se puede, pues, ver en el Evangelio una revelación milagrosa. Puesto que la religión no procede de Dios, no está condenada á la inmovilidad; queda, pues, el camino expedito para nuevos progresos.

Si el arrianismo tenía tantos elementos de porvenir, ¿por qué ha sucumbido bajo el cristianismo de Atanasio? Hay un vicio esencial en el concepto que el arrianismo se forma de la creación y de las relaciones entre el hombre y Dios. El Hijo de Dios, creador del mundo, que debería servir de lazo entre el hombre y Dios, no tiene existencia eterna; ha tenido principio, y puede, por con-

(1) LERMINIER, *del arrianismo*.

siguiente, tener fin (1). El hombre, creado por un sér que no posee la eternidad, no puede ya confiar en su vida eterna (2). ¿Qué es, pues, el hombre? ¿Cuál es su destino final? La filosofía antigua no daba respuesta precisa á esta pregunta, y no podía resolverla porque carecía de la noción del progreso. De aquí la creencia general de que el hombre volvía al seno del Sér universal, para volver despues á renacer; pero no se admitía ninguna relacion entre las diversas existencias; creíase, al contrario, que la una era reproduccion exacta de la otra. Por consiguiente reinaba la fatalidad, la vida no tenía sentido, la creacion era como un inmenso círculo vicioso. Los arrianos, procedentes de la filosofía antigua, debían caer en los mismos errores. Hé aquí por qué no han triunfado de Atanasio.

¿Quiere esto decir que la doctrina católica sea la expresion de la verdad absoluta? Tiene un elemento de verdad que le ha dado la victoria sobre el arrianismo. El cristianismo sostiene por una parte la personalidad de Dios y la del hombre, y por otra parte, sin dejar de distinguir á Dios del mundo, no los aísla; conserva una union íntima entre Dios y el mundo. Tal es el sentido filosófico de los dogmas de la creacion y de la gracia. Se ha establecido relacion entre estas grandes verdades y la Trinidad cristiana. Verdad es que en la doctrina de Nicea, el Verbo, creador del mundo, se distingue de Dios Padre, sin dejar de ser uno con él, y que la tercera persona de la Trinidad, el Espíritu Santo, representa más especialmente á Dios en su influencia sobre los seres creados (3). Pero, si se encuentran en esta concepcion los gérmenes de la verdadera teoría acerca de las relaciones del Sér universal con los seres particulares, también es cierto que no es ésta la esencia del misterio cristiano. Lo que hay de esencial en el dogma católico es la divinidad de Cristo. Puede afirmarse que, si Jesus no hubiera sido divinizado, los cristianos no hubieran tenido Trinidad. Así es que nos parece cuando ménos inútil dar á una doctrina filosófica el nombre de la Trinidad cristiana. No imitemos á los Alejandri-

(1) ATHANAS., *Or. c. Arian.* I, 19, p. 423.

(2) MÖHLER, *Atanasio el Grande*, t. II, p. 144 y sig.

(3) Compárese á LEROUX, *de Dios (Revista independiente, t. III)*.

nos, no autoricemos la supersticion del Hombre-Dios, atribuyendo á un misterio un sentido filosófico que la razon puede admitir; correríamos el riesgo de perpetuar la supersticion, sin gran ventaja para la razon. Sigamos más bien el consejo de Jesucristo de no echar el vino nuevo en odres viejos.

No tenemos necesidad de la doctrina del Verbo para formarnos una idea exacta de las relaciones entre el hombre y Dios. Basta para esto mantener la individualidad de la criatura y el lazo indisoluble que la une á su Creador. La conciencia de las facultades infinitas de que Dios ha dotado al hombre nos da la conviccion de nuestra inmortalidad; pero, aún sintiéndonos inmortales, experimentamos á cada paso nuestra impotencia y nuestra imperfeccion, y á cada paso también sentimos la accion benéfica de Dios, que inspira nuestros pensamientos y nuestras acciones, que no nos abandona ni aún cuando nos apartamos de él, que nos vuelve á atraer á sí por medio de las penas que nos envía. Estas verdades bastan para guiarnos hácia el fin de nuestra existencia. Sabemos que nuestra individualidad es indestructible; sabemos que la mision de nuestra vida eterna es el desarrollo de las facultades intelectuales y morales, que tiende á aproximarnos á Dios. Pero aunque la ley de nuestra existencia es tender á la union con Dios, no nos confundiremos nunca con él. Nuestras existencias sucesivas son una retribucion hecha por la justicia divina de nuestras faltas y de nuestras virtudes. La marcha del hombre hácia la perfeccion supone que es perfectible y que la ley del progreso preside á su desarrollo. Así, pues, vida individual, permanente y progresiva; aumento del bien, disminucion del mal, tal es, en su mayor generalidad, el destino del hombre.

Esta noción del progreso es lo que faltaba á la filosofía antigua; hé aquí por qué no podía comprender la relacion entre el hombre y Dios. ¿No sería ésta la explicacion más natural del Verbo platónico reproducido por el arrianismo? El hombre es tan imperfecto, que cuando se le considera en su imperfeccion parece que la majestad de Dios no puede bajar hasta él. Todos los que rebajan y desprecian al hombre niegan también la gracia ó la intervencion incesante de Dios en la creacion. Los filósofos, que querían conservar el lazo entre el Creador y sus criaturas, imaginaron que

un sér divino, el Verbo de Dios, habia recibido la mision de crear el mundo y estaba incesantemente en relacion con él. Más lógico que la filosofía, el cristianismo hizo del Verbo una hipostasis de Dios; más aún, enseñó que el Hijo de Dios habia tomado forma humana para salvar el mundo.

Acaso era necesaria esta creencia para que la nueva religion tuviese poder bastante para destruir el paganismo. Pero el dogma de un Dios-Hombre no evita la contradiccion de los filósofos más que cayendo en otro escollo. El Verbo es Dios, Jesucristo es el Hijo de Dios, consustancial con el Padre. Tiene, pues, el poder de crear; es el lazo, el mediador entre las criaturas y el Creador. Pero, si el Verbo es Dios, ¿cómo se comprende que haya podido entrar en relacion con un mundo tan imperfecto como el nuestro? La dificultad que los filósofos y los arrianos habian esquivado, suponiendo al Verbo inferior á Dios, reaparece en el cristianismo juntamente con una imposibilidad metafísica, y es que lo infinito se confunde con lo finito.

Es preciso, pues, desechar esta antigua doctrina de un Verbo de Dios. La creencia del progreso la hace inútil. En efecto, esta creencia llena el abismo entre Dios y el hombre, que tanto asustaba á los filósofos antiguos. La imperfeccion deja paso á la perfeccion ilimitada de la criatura, y por consiguiente á una perfeccion relativa. Si la distancia sigue subsistiendo, por lo ménos no es un abismo. Puesto que Dios ha creado al hombre imperfecto, pero perfectible, debe aceptarlo en su imperfeccion; por mejor decir, no le ve imperfecto, como nosotros le vemos; le ve perfeccionándose incesantemente, aún cuando expia sus faltas ó sus crímenes, porque su expiacion es un instrumento de educacion. El hombre no es, pues, nunca tan despreciable como creemos en medio de nuestra desesperacion ó de nuestro orgullo. Está siempre en el camino de Dios, aún cuando en su ceguedad se aleja de él. Así, pues, podemos sin presuncion unirnos á Dios. Al establecer nuestros progresos en la vía del bien, no tratamos de glorificarnos por lo que hacemos, puesto que la voluntad y el poder nos vienen de Dios. En fin, poniéndonos en relacion directa con nuestro Creador, tomamos posesion real de nuestra libertad y realizamos nuestro destino. En la doctrina cristiana el hombre no se une á

Dios sino por un Mediador, pero este Mediador tiene representantes en esta tierra, de modo que, en definitiva, el hombre se humilla ante el hombre. Ahora bien, mientras no se vea completamente emancipado de toda servidumbre humana, no puede tener verdadera moralidad.

Es preciso, pues, aplaudir á los filósofos que han destruido la divinidad de Cristo. Pero en su oposicion apasionada contra el cristianismo llegaron hasta desconocer las verdades que contiene el dogma cristiano. Segun ellos, la humanidad se ha alimentado de errores durante siglos, y estos errores han sido producto de un fraude vil. ¿Se ha considerado bien lo desconsolador y absurdo de semejante opinion? No; los hombres no se alimentan del error; la verdad es el pan que los alimenta; el error se mezcla con ella, porque la imperfeccion es la ley de la criatura; pero por el solo hecho de que una doctrina ha sido durante siglos la creencia de la humanidad, se puede atrevidamente deducir que contiene parte de verdad; el trabajo de las edades consiste en descorrer los velos que la ocultan. Esto sucede con el cristianismo. Recojamos en las ruinas de la tradicion cristiana los materiales que nos sirvan para construir un nuevo edificio.